

# Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



## Capítulo XII



Reims, Francia ~ Castillo de Blasi ~ Junio de 1348

Una tarde de finales de junio abrazaba los comienzos de una puesta de sol pintada mientras ardientes tonalidades de color se superponían a un cielo moribundo. Blasi estaba de pie con el rostro firmemente pegado a un cristal mientras miraba por la ventana del dormitorio de Alsae en el piso de arriba, su aliento condensándose en él y creando un halo opaco cerca de su poblada barba. En el persistente calor veraniego que aún persistía en la habitación, una gota de sudor recorría su sien. Incluso con las desfigurantes cicatrices de carne picada y descolorida que recorrían sus piernas, se mantenía de pie sin ayuda y, por lo demás, gozaba de excelente salud. Una mesa de madera se encontraba a su lado, sosteniendo un jarrón polvoriento de flores de papel que Renee le había dado a Alsae solo unos días antes de su compromiso final en Crécy. Los pétalos desgarrados eran evidencia para las polillas hambrientas que habían... desde que se secaron formando una hilera amontonada contra la base del alféizar de la ventana.

—Son como una hilera de hormigas. ¿Quién las enterrará a todas? —murmuró Blasi, con la mirada perdida en la distancia. En el camino principal que marcaba el inicio de la finca Blasi, una sucesión constante de transeúntes infectados por la peste bordeaba el sendero. Desde su posición elevada y distante, Blasi los veía como una interminable hilera de insectos fantasmales, avanzando sin cesar.

saliendo de la ciudad antes de desaparecer en el campo. Jóvenes y viejos, ricos y Pobres, hombres, mujeres y niños, todos juntos y en movimiento, como los últimos pasos de una ciudad entera, condenada a la horca. En el éxodo masivo, la mayoría caminaba a pie, cargando lo poco que podían. Otros, apenas capaces de mantenerse en pie, avanzaban tambaleándose como muertos vivientes. De vez en cuando, carros tirados por caballos, sobrecargados, atravesaban el centro de la columna que se desplazaba hacia el norte, sus ruedas rozando por poco los cadáveres de días de antigüedad que salpicaban el camino. Blasi limpió el vaho del cristal de la ventana. «¿Dónde hay suficiente tierra bendita para enterrar a un pueblo entero, o incluso a innumerables ciudades? Es una locura inconmensurable; esta peste lo es»

Alsae lo llamó por encima del hombro y Blasi notó una creciente tensión en su voz. “Si se acercan, no los dejes entrar, François. No podemos ayudarlos. Dime que ¡No lo harás!

—He asegurado las puertas y ventanas —respondió Blasi con sequedad, manteniendo el rostro pegado al cristal—. Estamos tan seguros como cabe esperar.

Pasó un momento antes de que Alsacia lo reprendiera: “¡Te rogué que te fueras del castillo! Estamos En grave peligro. Por más que lo intento, no logro comprender por qué permití que me convencieras de lo contrario. Algo terrible va a suceder. ¡Solo presagios funestos!

Blasi se negó a responder; en cambio, se dedicó a observar la carretera congestionada.

—¡Aún tenemos tiempo, François! Escúchame : detrás de los establos hay un sendero cubierto de maleza que atraviesa el bosque. Renée solía pasar por ahí con su carro. Podemos cargar el carro y enganchar tu caballo...

Blasi la interrumpió bruscamente. "Es demasiado tarde, Alsacia."

¡No es así! Y si Michael muriera a manos de tu tenacidad, ¿podrías soportarlo?

¿Una cruz? ¿Puedes hacerlo, Jean-François Blasi?

«Él está a salvo», afirmó Blasi. «Y ustedes también están a salvo. Confiamos en que todo saldrá bien».

Alsae suspiró y murmuró: "Solo si el Señor lo permite; y ruego que así sea".

Blasi asintió. “Lo hará.”

“Es más, François, no quiero que le digas a Michael en secreto que va a montar ese caballo indomable. Deberías haberte quedado con el otro, como insistí.”

Blasi frunció el ceño y bajó los hombros. "¿Tenemos que volver a darle vueltas a eso?"

—¡Debemos hacerlo! —exclamó—. Debemos hacerlo si quieres guardar tantos secretos. ¿Acaso no me recuerdas como la esposa entusiasta de tu hermano y la madre amorosa de tu sobrino?

¿Acaso no te he abierto siempre las puertas de mi humilde hogar? ¿Acaso no te he cuidado siempre en los momentos de necesidad? ¡No soy inglés, François, y no maté a tus hermanos!

Blasi se giró; tenía los ojos rojos e hinchados. "¿Por qué tienes que hacerme tanto daño? ¿Qué quieres hacerme?"

¿Deseas algo de mí, de otra manera?

—¡Quiero la verdad! —exclamó Alsacia—. Te lo ruego.

—Ah —Blasi bajó la cabeza y se rió entre dientes—. ¿Solo la verdad?

“Sí; deseo que Jean-François me cuente toda la verdad que el cardenal Blasi me ha ocultado. ¿Podría él acceder a esta humilde petición?”

Blasi recorrió la habitación con la mirada mientras consideraba su petición, sencilla pero aparentemente imposible, pero ningún objeto del dormitorio pudo captar su atención lo suficiente como para descartarla.

Una mirada ansiosa. Se mordió el labio, bajó los hombros y suspiró profundamente. «Si insistes, te lo contaré todo». Le dio la espalda y miró por la ventana antes de continuar: «Y cuando sepas

la verdad, espero que encuentres en tu corazón la capacidad de perdonarme y tal vez comprendas mi razón inicial para no haber sido completamente sincero».

Alsacia lo reprendió. —La verdad, François.

Blasi asintió. «Muy bien, entonces. Todo comenzó en mis aposentos, en mi habitación del Château Rouge, en Aviñón, cuando me desperté con una visita de lo más inesperada». Se apoyó en el alféizar de la ventana, observando el constante ir y venir de los transeúntes mientras confesaba todo : su afortunada oportunidad de contemplar el espíritu de Jacques, la difícil entrada a los Apócrifos, el descubrimiento de las Piedras de Puerta ocultas por la Santa Sede, el rey Felipe y el papa Clemente, y un plan papal que incluía un préstamo, el capitán Bourne y el abad Vonig, y su ardua estancia en la abadía de Gardiens, la eventual apertura de la Piedra de Puerta, y sus terribles heridas y su milagrosa huida de la abadía a lomos del capitán . Y durante todo el relato de Blasi , Alsacia no lo interrumpió. Para concluir, Blasi se dio la vuelta y dijo: «Ahí lo tienes. Todo, Alsacia».

Alsae señaló con un dedo tembloroso la mesa que tenía al lado. «Esos papeles viejos de allí; ¿son esas las páginas de las que hablas?».

Blasi se apartó de la mesa y asintió con aire de culpabilidad, admitiendo: "La mayoría de ellos; otros se perdieron en el viento". Se dio la vuelta, volviendo su atención a la congestionada camino. Suspiró. —No hay nada más que contar, Alsae. Por favor, perdóname por no haberlo revelado antes. Blasi apretó la mandíbula y se puso rígido anticipando una dura reprimenda, pero solo un silencio sepulcral se instaló entre ellos.

Finalmente, Alsae rompió el silencio que se cernía sobre ellos con renovado vigor. «¡No oigo a Michael! Quizás esté fuera, con ellos. ¡François!».

—No te preocupes; está descansando —la tranquilizó Blasi—. Está a salvo. Sin dejar de mirar por la ventana, desvió ligeramente la mirada hacia un antiguo álamo con sus ramas extendidas.

—Espléndido —respondió ella, con la voz más relajada y tal vez teñida incluso de un matiz de... humor. “Francois, ha sido un pequeño bribón todo el día, me ha agotado. Tiene tanto espíritu, igual que su padre. Algún día conquistará el corazón de alguna dama afortunada como yo. Y ¡ay de la mujer que se desmaye por su encanto!

Blasi se atragantó; una nueva lágrima siguió a otra por su mejilla y desapareció entre su barba. —Estamos a salvo —respondió, mirando fijamente bajo el álamo una pequeña lápida de madera con un montículo de tierra delante. Había enterrado al niño el día anterior.

Alsacia ofreció su propia confesión: «Tengo algo que compartir contigo y seré sincera. Mientras dormías, fui a la panadería a comprar pan recién hecho. Será mejor que tengas hambre; tu plato rebosa. Y te alegrará saber que tu hermano se unirá a nosotros para cenar». Se rió entre dientes. «Y esta vez, prometió que llegaría antes del atardecer. ¡Oh, escucha! ¡Viene ahora mismo! ¡Renee!». Alsacia suspiró profundamente.

—Debes descansar. Te traeré comida, agua y sábanas limpias —respondió Blasi mientras se apartaba de la ventana, deteniendo la mirada en Alsae, que yacía desplomada al borde de la cama, empapada en sudor. Su delicado brazo, extendido hacia arriba, parecía suspendido en el aire, como si buscara algo o a alguien invisible. Las yemas de sus dedos estaban negras; sus labios sonrientes, oscuros y resecaos, y su mirada vidriosa permanecía fija en nada más que, tal vez, una grieta en el techo.

Al día siguiente, Blasi trabajaba bajo el viejo álamo, entre montículos de tierra fresca, esparciendo paladas sobre la tumba de Alsae y cubriendo a su último pariente del otrora prominente linaje Blasi. Clavó la pala en la tierra y rastrilló con el pie las raíces rotas cuando descubrió un carro sobrecargado estacionado en la entrada del castillo. Blasi se cubrió los ojos del resplandor del sol para inspeccionar mejor a la persona no invitada. Con el rostro cubierto por un grupo de transeúntes con aspecto enfermizo, el conductor permanecía estacionado, observándolo como un voyeur descarado. Una tira de tela le envolvía completamente la cabeza, salvo una zona desnuda que apenas dejaba ver una rendija oscura donde normalmente estarían sus ojos. Podría haber parecido una momia con un sombrero de ala ancha. El conductor estaba sentado bajo el sol del mediodía con un largo abrigo sobre sus hombros. Por su aspecto siniestro y su semblante inexpresivo, si no se hubiera revelado a plena luz del día, Blasi podría haberlo confundido con la Muerte misma, aparcada en una carreta de cadáveres. Sin embargo, al ver que aquel extraño espectador no daba señales de acercarse, Blasi lo despidió y se centró en asuntos más graves e

El Cardenal sacó un frasco de vinagre añejo de la base del árbol y roció su contenido recién consagrado sobre la tumba de Alsacia, recitando lo que Miguel había ingenuamente.

considerado como: las otras palabras. Finalmente, habiendo terminado sus palabras, Blasi se arrodilló cerca del al pie de su parcela y concluyó su oración con un saludo de despedida: «Ve con Dios en Cristo, Alsae Blasi; amada esposa de Renee Blasi; cariñosa madre de Michael Blasi. Amén». Se persignó y se inclinó en silencioso respeto y reflexión. Y en ese momento de angustia; en la ausencia del canto de los pájaros; en el monótono silbido de los grillos de verano; en el calor sofocante y vertiginoso del día, en el amanecer de su desolada condición; y en la inquietante revelación de que cualquier súplica expresa de perdón caería para siempre en oídos sordos y muertos, Blasi lloró. Se desplomó de rodillas y cayó sobre el montículo, apretando puñados de tierra como si, por alguna razón, medios divinos, una comprensión más firme del momento podría ayudar a presionar a Alsacia desde fuera de Su enfermedad terminal. Allí, bajo el álamo, entre manos sucias y sollozos desgarradores, un torrente de llantos empapaba la tierra. Y allí, bajo el álamo, Blasi se deleitaba con las delicadezas de sus decepciones mientras se sumergía en un vacío abrumador, ahogándose en una mezcla apasionada de retrospectiva y tristeza.

'¡Buenas tardes, señor!' La llamada inesperada sobresaltó a Blasi, haciéndolo retroceder bruscamente. para razonar. Se puso de pie de un salto y giró como un criminal desprevenido, secándose los ojos para descubrir al conductor que se acercaba y su carro que se balanceaba. El desconocido se quitó el sombrero, se desenrolló el pañuelo que le cubría la cabeza y se despojó del largo abrigo. Reveló ser un hombre de mediana edad con el rostro demacrado y una espesa barba. Unas marcadas ojeras sugerían que era un viajero cansado. Al acercarse lentamente, el conductor le hizo un gesto de bienvenida con la mano. "¿Comment allez-vous?"

Blasi le ordenó, alzando una mano para detenerlo: «¡Detén tu corcel!». Salió corriendo de debajo del árbol y se adentró en el claro. «¡No avances más!». El cochero se detuvo al instante y su corcel protestó con varias cabeceos contra las riendas tensas. Blasi señaló el castillo mientras le gritaba: «¡El señor de esta mansión comanda un ejército! ¡Retírate de inmediato o serás asesinado por su mano!».

—Je m' appelle, Jean Labatut —dijo el dueño del carro, presentándose—. Soy un comerciante importante de Marsella. Le pido disculpas por molestar al señor de la mansión; sin embargo, agradecería mucho tener una audiencia con él, si me lo permiten. Se secó la frente con la manga. — Les doy mi palabra de que no les traigo mala voluntad; solo mis oraciones y la promesa de mis buenas intenciones, que seguramente apreciará mucho en estos tiempos difíciles.

Blasi se acercó al carro, observándolo con atención. «Haz saber tu buena intención». El hombre cayó en un ataque de tos, limitándose a asentir y señalar con el dedo índice.

Al pie del álamo, logró articular una respuesta ronca: «Preparas tumbas frescas». Tragó saliva con dificultad y se aclaró la garganta. «Es tierra consagrada, ¿verdad?».

“C'est ainsi, —afirmó Blasi.

“¿Bendecida debidamente, por un sacerdote?”

“C'était ainsi, —lo confirmó de nuevo.

El hombre sorbió por la nariz y examinó detenidamente el terreno como si buscara algo en particular. “¿Y qué porcentaje de este terreno está consagrado?”. Volvió a fijar la mirada en el árbol y lo observó de arriba abajo, desde sus ramas más altas hasta sus raíces.

“Basta; ¿qué buscas?”

“Si el amo lo permite, deseo intercambiar con él un simple servicio por todas mis mercancías.”

Blasi echó un vistazo a la entrada del castillo. «No habla con nadie, salvo conmigo. Cuéntame tu propuesta y te la haré llegar enseguida».

“Sí. Deseo hacerlo, si el amo está dispuesto...” El hombre hizo una mueca y se rascó la barba desaliñada. barba, considerando la mejor manera de presentar su buena intención. “Por favor, infómele que ha llegado un mercader con un carro de comerciante lleno de mercancías suficientes para abastecer toda su mansión durante varias temporadas”. Miró por encima del hombro y examinó sus mercancías antes de recitar su inventario como cualquier comerciante eficaz, perfeccionado por muchos años de astutos tratos; “Tengo granos frescos, frutas secas, carnes saladas y dulces. Tengo aceite para lámparas, polvos perfumados, bálsamos, tela, cuero y medicinas. Tengo un abundante suministro de sal y todo tipo de especias curativas y medicinales. Tengo planchas de cocina, piezas de porcelana y platos de servir de plata y oro, dignos de cualquier residencia noble. Además, tengo un barril sin abrir del mejor vino de toda Francia. Se giró, miró fijamente a los ojos de Blasi, asintió y pasó una mano por encima de su corcel y su carro, diciendo solemnemente: «Y este magnífico caballo y este robusto carro también forman parte de mi trueque, si el amo está dispuesto. Por favor, infómele: todo esto se lo daré si me concede un simple trato».

pedido.”

Incluso en su estado menos presentable, el mercader exhibía una apariencia tan impecable que captó la atención de un Cardenal igualmente astuto. Blasi examinó las patas, los dientes y los ojos del equino, y descubrió que se trataba de un joven y musculoso corcel con un pelaje inmaculado que parecía brillar con un resplandor carmesí bajo la luz del sol. Entrecerró los ojos, con la sospecha aflorando en su interior. “¿Y qué, acaso, es esta simple petición?”

El hombre se acomodó en su carreta. Se aclaró la garganta y dijo: «La peste me ha vencido. Sin embargo, a cambio de todo lo que poseo, solo pido que se me conceda un poco de tierra sagrada para un entierro digno».

Blasi retrocedió varios pasos y juntó los dedos delante de él, considerando lo inusual.

petición. Echó miradas alternativamente a las tumbas de álamos y al mercader enfermizo antes de intentar desestimar la propuesta del extraño aquejado. «Ya no creo...» El hombre intervino: «¡Se lo ruego!». Señaló hacia la parte trasera de la propiedad. «Puedo quedarme fuera del castillo, en el carro; allí, cerca del linde del bosque. No necesito ningún cuidado». Se secó el cuello con un paño y continuó su súplica: «Me queda poco tiempo; quizás un día más y ya no seré una carga. Ni siquiera pido una piedra para marcarme, solo una parcela en tierra sagrada».

Blasi inspeccionó minuciosamente el carro del mercader, que transportaba una carga impresionante y parecía haber sido modificado considerablemente respecto a su diseño original. Numerosos tabloncillos verticales se alzaban imponentes, sujetos a cada lado, con sujetadores metálicos de los que discurría una red de cuerdas que atravesaba la alta pila de provisiones apretadas en su interior. Preguntándose cómo las ruedas del carro podían soportar tal peso, notó su inusual anchura. La mirada de Blasi se posó en el borde superior de un pequeño barril de vino que parecía asomar entre un montón de sacos de arpillera. Respiró hondo y miró por encima del hombro, más allá de la parte trasera del castillo, sobre un espeso campo de maleza, hacia una hilera de árboles más lejana que marcaba el límite más oscuro de la finca. Volvió a mirar al hombre y lo observó con atención a la luz, intuyendo que la oferta del comerciante era sincera. Después de todo, la Muerte parecía haber reclamado su lugar, completamente madura y floreciente en la mirada angustiada del hombre. Blasi conocía las señales y la marca: un aura inconfundible de destino, mortalidad y oscuridad absoluta maldecía la presencia del hombre como un resplandor negro persistente.

El Cardenal le hizo una seña para que avanzara mientras regresaba al viejo árbol. «Mueva su carro hasta el linde del bosque». Tomó su pala y se dirigió a grandes zancadas hacia la entrada trasera del castillo mientras gritaba: «Quédese allí hasta que regrese con una respuesta». El cochero obedeció, apartando un mar de maleza mientras conducía con cuidado su carro a través de un campo de altos juncos marrones que crujían bajo sus ruedas.

Blasi entró en el castillo y se dirigió a la zona de la chimenea y la cocina; dejó la pala en un rincón antes de cerrar la puerta. Se puso de pie y se frotó el sudor áspero de la nuca, ignorando el persistente hedor a vómito y bilis que lo envolvía.

Contempló qué hacer con su nuevo huésped moribundo, alguien que poseía suficiente carga para proporcionarle amplias reservas para los próximos meses de invierno. Blasi sabía que, con la peste asolando la cercana ciudad de Reims, el hombre llevaba en su carro, quizás más provisiones que las que existían en todas las tiendas de la ciudad. Sin embargo, incluso con una atención minuciosa a la razón y con todo lo que el comerciante había prometido..

Para él, el barril de vino ocupaba un lugar primordial en su mente como un elixir tentador, que Blasi sentía que era un ingrediente básico de su existencia provisional, si quería ahogar los recuerdos que lo atormentaban Michael y Alsacia. Más que la comida o la vida misma, el vino bastaba para calmar su culpa, para acallar su conciencia, aunque solo fuera por un breve periodo.

Gimió, pateando entre la basura esparcida mientras se acercaba a una ventana manchada. Agitó la mano a través de un enjambre de moscas azules y verdes, miró a través del cristal sucio y observó el campo cubierto de tallos para ver la parte superior de la carga del mercader, ahora ubicada cerca de la línea de árboles del fondo. Una figura se movió y Blasi descubrió al hombre ahora de pie en lo alto de su carro y mirando a su alrededor, aparentemente inspeccionando el terreno cubierto de maleza. Blasi sonrió con sorna antes de dirigirse al mercader en un susurro y con aire altivo: «Oh, hombre moribundo; ¿no puedes sentir su omnipotencia? ¿En cada respiración que das? Está en todas partes: una infestación de creciente decadencia en cada movimiento que hacemos. La muerte es inmortal: la esencia de la vida que nos sobrevivirá a todos. —Se rió como un borracho y se alejó tambaleándose de la ventana.

Blasi miró fijamente el suelo desordenado mientras su sonrisa se desvanecía bajo el endurecimiento gradual de su rostro. Frunció el ceño y apretó la mandíbula, su único ojo bueno clavado en las losas. Solo entonces se percató del olor rancio que impregnaba el ambiente. Y solo entonces reconoció la pintoresca escena y la naturaleza muerta que ocupaban el centro de la habitación: una gran mesa toscamente labrada y su contenido gráfico. La mesa parecía un altar de sacrificios muy usado, con montones de linos sucios desbordándose por encima y por los lados. Manchas de sangre y otras secreciones corporales habían endurecido la tela, convirtiéndola en capas rígidas de forma irregular. En medio de ellas, un lavabo de madera incrustado yacía como prueba de sus fervientes esfuerzos por bañarse y ahuyentar la fiebre. Las moscas revoloteaban en su borde y Blasi frunció los labios, contemplando el crudo espectáculo.

—¡No! —exclamó, abriéndose paso entre la basura—. Jamás lo harás... Blasi agarró el borde de la mesa y tiró con fuerza, derribándola de lado mientras el cuenco resonaba contra el suelo. Nubes de moscas se alzaron y la habitación se sumió en un zumbido constante. "¡Jamás!" Saltó hacia atrás, buscando frenéticamente en las paredes y el techo de la habitación como si buscara algo en particular. Blasi extendió los brazos y dio vueltas sobre sí mismo, riendo y gritando a todo el recinto: «¡Mírenme! ¡Sigo aquí! ¡No han hecho nada! ¡No pueden tocarme! ¡Me temen! ¡Jamás...!» Blasi espantó las moscas a manotazos, agitando los brazos alrededor de su cabeza, y perdió el equilibrio entre la basura. Se golpeó la cabeza contra el suelo con tanta fuerza que sintió que la mente le daba vueltas. Y yacía inmóvil como un muerto, el recuerdo de la voz de Michael atormentando su ser: 'Yo'

Voy a ser un ángel y tener alas... y volar... muy, muy rápido... ¡para que el Diablo no pueda atraparme!' Blasi gimió y abrió los ojos para descubrir su mano junto a su cara, una mosca posada sobre un nudillo raspado. Por un momento, se tumbó en las losas y observó al insecto frotar sus patas, sus enormes ojos carmesí mirándolo fijamente. Luego alzó el vuelo y dio vueltas frente a su cara mientras la voz de Miguel continuaba en su mente: 'Como ¡Esto, tío Francois! ¿Como el viento? ¿Ves qué rápido soy? La mosca se posó brevemente en la cara de Blasi , inspeccionando el rastro de una nueva lágrima que goteaba de la punta de su nariz.

Bajo un zumbido de moscas, tendido en los páramos de la otrora codiciada y distinguida finca Blasi, el Cardenal se retiró a los recovecos más profundos de su mente, a una región completamente desconectada del tiempo y el espacio; a un lugar donde la tristeza, el asco y la confusión podían mezclarse con recuerdos distorsionados y sueños perturbadores para manifestar un estado externamente monstruoso y antinaturalmente fusionado de enfermiza complacencia, cinismo grotesco y brebajes antinaturales de recuerdos y reflexiones absurdamente incongruentes, todo ello engendrado y forjado en algún plácido estanque negro de locura abyecta. No había ni un sonido similar al de madera quebrada o cristales rotos; ni siquiera un leve golpe, un chasquido, un desgarrar o un tintineo que pudiera indicar que algo se estaba rompiendo. No había absolutamente nada, salvo un silencio absoluto; sin embargo, en la quietud de ese silencio mortal y ese estado puro de trascendencia, la mente de Blasi se deslizó, aunque solo fuera levemente.

El semblante del Cardenal cambió por completo mientras reía entre dientes y se sentaba erguido en el suelo. Se arregló el cabello alborotado y escudriñó las paredes de la habitación, con los ojos vidriosos y desorbitados como los de un borracho. Asintió sonriendo. «Ya veo ». Se puso de pie y se sacudió la suciedad de los pantalones. «En efecto », respondió, poniendo las manos en las caderas y continuando dirigiéndose a las paredes, «Me las arrebataste porque querías torturarme con una pérdida de lo más íntima , y protegerme de los efectos de esta peste mundana, cuando todos los demás sucumben a ella, porque deseas mantenerme con vida para que te dé una larga vida de dolor, del que te alimentarías eternamente». Despidió a las paredes con un gesto petulante, recomponiéndose. « Apártate de mí, oh Muerte y Desesperación Sombría, tengo un verdadero invitado esperando entre bastidores, aunque solo sea por un tiempo».

Se arregló la ropa, se miró como cualquier dignatario recatado y correcto que espera una audiencia, y salió del castillo con una sutil sonrisa, el ceño fruncido y la barbilla levantada.

Blasi se abrió paso entre la maleza y se detuvo en medio de ella, llamando al mercader y haciéndole señas para que se acercara. «¡Venga usted y su carro a la entrada trasera del castillo! El señor acepta su oferta: el vino y las provisiones a cambio de alojamiento, comida y un entierro digno».

El mercader negó con la cabeza. «Es mejor que me quede aquí, ¡no vaya a ser que el amo atraiga la peste a su casa!». Blasi lo vio bajar del carro y desaparecer en el cañaveral; solo su voz indicaba su paradero mientras continuaba: «Si el amo lo desea, puedo quedarme bajo estos árboles mientras sus soldados descargan el carro».

—Él no lo desea —exclamó Blasi, haciéndole señas para que se acercara con una mano acogedora, y añadió—:

Ni el fantasma persistente, ni la inmediata Mano de la Muerte son una preocupación urgente para

**¡El señor de la casa, Accueillir, señor Labatut!**

Salvo por el silbido de los grillos, un breve silencio se apoderó del campo antes de que el comerciante le preguntara a

Blasi: "¿Él también se está muriendo?".

—No lo es. Ahora tráigase usted y su carro, y solo entonces atenderá su petición. Por encima de la maleza, Blasi vio al hombre subirse a su carro y dirigirlo hacia él. “¿Tiene el amo un sacerdote en su casa?”

—Lo hará, por un tiempo, y atenderá tus necesidades —dijo Blasi, indicándole que se dirigiera al castillo mientras regresaba a la entrada trasera.

“¿Es usted ese sacerdote?”

Blasi gritó por encima del hombro, sin perder el paso. “Como habrán podido deducir, yo La consagración, la absolución y la extremaunción parecen ser una de mis mayores preocupaciones últimamente . ¡Ven! Tengo una habitación vacía y sed de vino.

El mercader aparcó su carreta junto a la entrada y los dos hombres comenzaron a descargar, apilando su contenido en la cocina de la mansión. Cuando casi todas las provisiones estuvieron dentro de la casa, el mercader se quitó un saco de grano del hombro y lo colocó dentro y encima de otro saco similar que Blasi también había apilado. El mercader resopló y se quejó con un suspiro profundo mientras se apoyaba en la mesa volcada: «No entendí que descargar mi propia carreta formara parte del intercambio». Observó las entradas interiores que conducían al interior de la casa y al piso de arriba. Suspiró, se secó el sudor de la frente y le preguntó a Blasi: «¿Dónde están los hombres del amo ? Esto es absurdo; ¿están durmiendo? Me estoy muriendo mientras muevo estas provisiones para mantenerlos con vida». Negó con la cabeza e hizo una mueca. «¿Y qué va aquí? El hedor, el desperdicio... ¿cómo permite el amo...?» El mercader examinó las sábanas sucias y cubiertas de moscas, y se volvió hacia Blasi, observándolo . «La muerte estuvo aquí. Eres el único superviviente del castillo, ¿verdad?».

Blasi se acercó a él, se apoyó en la mesa y negó con la cabeza. Miró fijamente al mercader y sonrió. «La muerte se ha ido de este lugar. Y en verdad, no hay soldados; Sin embargo, el maestro está aquí.

“No oigo tos ni estornudos, ninguna señal de vida, salvo estas molestas moscas”, replicó.

Frunciendo los labios y agitando una mano en señal de desdén, preguntó: "¿Usted es el amo?". Blasi soltó una risita. «Yo mismo solo puedo asombrarme de ser tan prominente y esquivo». Miró a su alrededor con una expresión fingida de profunda sospecha mientras le susurraba al mercader: «El amo nos escucha incluso ahora».

El hombre entrecerró los ojos antes de recorrer la habitación con la mirada y hablar lo suficientemente alto como para que su voz se oyera: "En mis años, he caminado abiertamente en compañía de reyes y sus vasallos." Apoyó las manos en las caderas y se dirigió a las paredes: "Soy Jean-Baptiste Labatut, Maestro Corredor de importaciones orientales." Al no obtener respuesta a su presentación, le preguntó a Blasi en un susurro: "Si el maestro es tan importante como dices, ¿podría tener un nombre que yo conozca?" Se inclinó hacia él. "¿Su título?" Blasi le dio una palmada en el hombro al hombre. «Oh, todos lo conocen. Y dentro de poco, tendrá su audiencia con él. Como con todos sus invitados, sospecho que espera la suya con genuina expectación. Ahora, ¿por el vino? ¿Le parece?». Instó al hombre a ponerse en marcha y salieron del castillo.

El Cardenal rodeó el carro e inspeccionó una tenue insignia en el barril de vino cuando el mercader se le acercó. "¿Por qué incluso su título tiene que ser tan secreto que ni siquiera puedes susurrármelo?"

Blasi se encogió de hombros. "No es ningún secreto. El maestro responde a muchos nombres, pero su verdadero nombre es Muerte." Volvió a fijar su atención en el barril y añadió: "Un nombre bastante común pero a la vez noble, ¿qué opinas?"

El mercader palideció y retrocedió. «Creo que el sacerdote elige sus palabras con muy mal gusto, considerando mi estado».

—No te deseo ningún mal —respondió Blasi, señalando las dos tumbas bajo el árbol—. Del mismo modo, no les faltó al respeto. Solo veo aquello que no puedo evitar presenciar. En verdad, no quisiera ver nada bajo ese árbol; sin embargo, veo tumbas. No desearía nada más que saber que mis hermanos cayeron valientemente en Betania, en lugar de en Crécy, y luego descubrir que resucitaron; sin embargo, solo veo sus rostros en mis sueños. No quisiera ver nada recorriendo los caminos de Reims; sin embargo, la ciudad está llena de muertes, la tuya incluida, y ahora debo enterrar a otra.

Y me gustaría descansar mis piernas cansadas y tomar un poco de vino; sin embargo, aquí estamos, bajo el calor abrasador del día, con el barril de vino todavía en el carro y entreteniendo al amo que tanto desprecio: la Muerte. Blasi resopló y subió al carro.

Labatut lo siguió y le preguntó: "¿Tus hermanos están debajo del árbol?"

"No. La muerte está debajo del árbol, está en todas partes. El amo me ha reclamado incluso a mí, yo también estoy muerto." Blasi gimió, inclinando suavemente el barril de lado mientras daba instrucciones al

El comerciante, moviendo con cuidado el barril, dijo: «Ahora, debemos ser delicados con ella, no sea que se nos escape». De repente, el corcel se sacudió, moviendo el carro y haciendo que el comerciante cayera contra el barril. El recipiente rodó hacia la parte trasera del carro mientras Blasi se abalanzaba sobre él, impidiendo que se estrellara contra el suelo. Mantuvo el barril en su lugar hasta que el vino se asentó en su interior. «¡Delicadamente, te dije! ¡Pasas como una vaca!». Miró fijamente el rostro lastimoso del comerciante antes de apoyar la cabeza sobre el barril. Luego respiró hondo. «Tal vez perdí la cabeza por un momento. Perdóname, Jean-Baptiste. Es so... Me preocupa que este vino sea especial, como usted mencionó.

El mercader se secó el sudor de los ojos y se arrastró hacia la parte trasera del carro, diciendo: «Es el mejor vino de toda Francia». Se detuvo junto a Blasi, esbozó una sonrisa y susurró: «Y también he presenciado algo: que un sacerdote fallecido tiene una sed terrible por su vino especial. ¿Podríamos complacerlo?».

Blasi asintió.

Los dos hombres manipularon el barril, colocando un par de tabloncillos de desembarco contra el carro para descargarlo.

Labatut ajustó la inclinación de una de las tablas y reprimió una tos. «Sabes que la peste me ha afectado, pero no te alejas de mí. Parece que el Señor te ha bendecido, ¿verdad?».

Blasi se quedó quieto. Se rascó la barba y reflexionó, examinando brevemente su dedo antes de asentir. «Parece que sí. Y como acabo de presenciar hace un momento, un pequeño ángel descendió sobre mi mano y lo contó todo». Se apoyó contra la parte trasera del carro, rascándose un rasguño en el nudillo. «Entonces me quedó claro que las preguntas difíciles no tienen respuestas difíciles, sino simples. Solo parecen difíciles porque son... No forma parte de lo que esperamos en una respuesta. Por lo tanto, nuestras expectativas a menudo dictan lo que aceptaremos como respuestas creíbles a nuestras preguntas. ¿Me entiendes?

—Eh, no, no lo creo —admitió el comerciante—. Simplemente hice una pregunta sencilla. ¿Por qué no te estás muriendo, como todos los que te rodean?

Blasi se apartó del carrito y rió, extendiendo las manos en señal de presentación. «¿Lo ves? Ni siquiera tú puedes ver la respuesta a tu pregunta porque no puedes ver más allá lo que esperas ver.»

Labatut frunció el ceño. «Veo que o bien te andas con rodeos, o no quieres contestarme, o te pasa algo».

—¡Ah! —exclamó Blasi, señalando con el dedo al aire—. Ya has respondido a tu propia pregunta, aunque te niegues a aceptarla como respuesta.

El mercader resopló y se apoyó en el carro. —¿Qué parte es cierta, entonces? ¿Que te niegas a responderme?

“No, la segunda parte es la verdad: que algo me pasa.” Blasi frunció los labios e hizo una mueca antes de continuar. “Cuando me preguntaste por qué no me estoy muriendo como todos los demás, esperabas que pudiera morir. ¿Puedes ver que no puedes ver más allá de que estoy vivo? Como te dije, no me estoy muriendo porque ya estoy muerto.” Se rió. “El  
Los muertos no pueden morir; no existe una segunda muerte.

Labatut se levantó del carro. —No bromeas. De verdad crees lo que dices,  
¿verdad?

“¿Lo ves? La respuesta no era difícil, después de todo, solo diferente de lo que esperabas”. Blasi asintió y guiñó un ojo.

El mercader despidió a Blasi y se secó el sudor de la frente, que le cubría el rostro preocupado: «El día es corto. Me siento cada vez más débil y tú necesitas beber. Tenemos que transportar un barril de vino y organizar un entierro digno. ¿Empezamos?».

Con meticulosidad, los dos hombres lograron trasladar el barril a la cocina, colocándolo en posición vertical en el rincón más interior de la habitación. El comerciante se inclinó sobre él, jadeando con dificultad. Blasi se apoyó contra la pared y recuperó el aliento. "¿Dónde están los escuderos del palacio cuando se les necesita?"

El mercader lo miró. "¿Qué escuderos?"

Blasi negó con la cabeza y se frotó el hombro. "Con escuderos o sin ellos, lo hemos movido; lo necesitamos". "¿Nosotros? Lo necesitas."

Blasi se apartó de la pared, se agachó, se subió la pernera del pantalón y procedió a extraer una astilla del barril de vino que, según sentía, estaba clavada junto a su rodilla. Se hurgaba la herida mientras hablaba. «No, amigo mío; la parte más dolorosa de la muerte es su hora final, y suplicarás por este vino cuando llegue ese momento».

El mercader arrugó el rostro y se enderezó mientras examinaba la pierna expuesta, con su piel gruesa, picada y profundamente descolorida.

Blasi se sacó la astilla de la rodilla, se lamió el pulgar y se limpió un pequeño hilo de sangre. Se levantó y descubrió la expresión de disgusto del mercader. «Solo fue una astilla; sobreviviré ». Blasi sonrió.

—En efecto —respondió el mercader—, más que la mayoría.

La sonrisa de Blasi se desvaneció. "¿Qué quieres decir?"

“Quiero decir que parece que estás bendecido o maldito al sobrevivir al resto de nosotros. ”

El comerciante señaló su pierna. “Muéstrame quemaduras que habrían matado a cualquier otro hombre.

Y aquí estás, conmigo , con la peste a tu lado, y te preocupa más una astilla que la muerte. El mercader asintió, con una expresión de sospecha en el rostro. «Parece que eres algo más que un ser mortal.

¿Quién eres?»

Blasi sonrió con picardía y arqueó las cejas, fingiendo misterio. "¿Tal vez estoy bendecido por un ángel?", le aseguró al comerciante dándole una palmada en el hombro antes de...

acompañándolo escaleras arriba. “Solo el Señor sabe lo que es mejor para todos nosotros. Ahora, te acomodaré. Estarás cómodo. A diferencia de la condición de lo que hay abajo,

El dormitorio de arriba está ordenado y limpio. —Se rió entre dientes—. En general, este lugar podría parecer el cielo y el infierno, todo en una sola casa. —El mercader intentó detenerse en las escaleras para mirarlo, pero Blasi lo empujó hacia arriba—. No te preocupes. Como acordamos, cuidaré de ti y me aseguraré de que tu entierro sea tan digno como el de cualquier hombre de Dios que lo merezca. Por ahora, debes descansar. Y esta noche disfrutaremos de buen vino y buena compañía.

El tiempo transcurrió mientras Blasi acomodaba a su moribundo huésped, ofreciéndole la hospitalidad de la habitación de Alsacia en el piso de arriba. Así, el mercader durmió mientras aparcaba el carro junto a los establos y atendía a su recién adquirido corcel. Alimentó y dio de beber al animal, y finalmente lo aseguró en el último establo que una vez albergó al indomable corcel negro, que se había escapado. Pasaron varias horas y, bajo la luz de las linternas y las estrellas, regresó al castillo. Encendió lámparas de aceite, abrió el barril y despertó a su descansado huésped con dos copas y suficiente vino en una palangana de madera como para emborrachar incluso a un par de corceles.

Blasi deslizó el lavabo y las copas de vino sobre la mesita de noche. —Has dormido gran parte de la tarde. ¿Cómo te sientes?

El hombre se sentó con cuidado al borde de la cama. “Como si hubiera sido pisoteado por el “El mismísimo diablo”, gimió. Gotas de sudor rodaban por su rostro. “Soñé que estábamos Cavando mi tumba. Sin embargo, perdimos la tierra. Estaba buscando mi tierra. Dios mío. Blasi lo vio recorrer la habitación con la mirada como si aún la buscara. Entonces divisó el lavabo y las copas. “¿Has servido el vino?”

“Sí. ¿Empezamos?” Blasi, haciendo de anfitrión, recogió las dos copas vacías y le ofreció una a su invitado.

—Tal vez en un momento —dijo el hombre, frotándose la garganta y tragando con dificultad, con el rostro contraído por el dolor. Blasi volvió a colocar las copas junto al lavabo y se acercó a la ventana. Cruzó las manos a la espalda y contempló la calle. Varias antorchas lejanas se movían en fila, flotando lentamente en la oscuridad, como una columna de espectros de fuego que atestiguaban el continuo éxodo masivo de Reims. —¿Dijiste que te llamabas Labatut? —preguntó Blasi. El hombre tosió y se aclaró la garganta. —Jean Labatut.

—Creo recordarlo —dijo Blasi, girándose sobre sí mismo y mirando las botas del comerciante—. ¿Dijiste que venías de Marsella?  
Marsella, sí.

—Dime, ¿cómo conseguiste este vino? —preguntó Blasi, señalando con la cabeza el lavabo.

“

Bueno, yo soy de Aviñón, pero originaria de Marsella. Me fui de Marsella cuando llegó la peste.

—¡Ajá! —Blasi chasqueó los dedos—. Usted es Jean-Baptiste Labatut, el comerciante de Aviñón cuya tienda estaba frente a la herrería, al final del callejón que llevaba al cementerio de la Curia, ¿verdad?

“Yo... Sí. ¿Cómo...?”

Sonriendo, Blasi se acercó a la cama, frotándose la barba, tal vez como si estuviera desentrañando un misterio. «Y tu fiel flota de mensajeros en carros hacía viajes rutinarios al puerto de Marsella, donde intercambiaban secretamente barriles de vino con los barcos mercantes genoveses en intercambio por importaciones procedentes de Kaffa con destino a Génova.”

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó el comerciante.

“Pero no cualquier vino, ojo.” Blasi ignoró su pregunta y señaló con el dedo: “Una fermentación celestial de la mejor fruta; estas barricas proceden directamente de la Gran Bodega de la humilde morada de Su Santidad : el Palacio Papal de Aviñón.” Blasi soltó una risita.

—¿Cómo lo sabes? —El comerciante se removió en la cama, mostrando una creciente inquietud.

Sin embargo, el Cardenal continuó, reforzando su discurso. “Me pregunto cómo sucedió que los genoveses nunca notaron las numerosas discrepancias cuando compararon los barcos. registros de lo que descargaron. Y también me pregunto cómo los escribas del inventario del palacio no notaron que faltaban tantos barriles de vino. Blasi esbozó una sonrisa de satisfacción. «No sea que, por supuesto, ni parte de la mercancía de los barcos ni parte de los barriles papales se registraran inicialmente como inventario».

—Usted no es sacerdote. ¿Quién es usted? —El mercader lo miró con furia.

“En realidad soy cardenal.”

—Y yo soy un corcel volador —espetó el hombre.

Blasi rió. «Reconocí una marca en el barril antes de moverlo ; la misma que siempre grababa en los laterales de los barriles de vino y que reservaba para que la recogieran tus mensajeros . Solo marcaba los mejores barriles de la temporada». Asintió. «Parece que fuimos socios de confianza, al menos por un tiempo. Fue un intercambio provechoso para ambos, ¿no? Quizás sea una bendición que por fin nos encontremos cara a cara, después de tantos años, aunque lamentablemente en circunstancias tan graves».

—¿Su Eminencia? ¿El cardenal Jean-François Blasi? —preguntó el hombre, incrédulo.

Blasi alzó las manos con las palmas hacia afuera. «Soy yo, su fiel y antiguo proveedor de vino, de nuevo a su servicio».

El comerciante soltó una risita. “Bueno, entonces parece que conoces parte de mi confesión”.

Incluso antes de contarlo. Negó con la cabeza. Y a menudo me preguntaba qué hacía este Cardenal con los jugadores importados que le cambié.

Blasi sacó una flor de papel de tallo largo de un jarrón cercano y le respondió con una ceja alta: “Como usted sabrá, el Colegio Cardenalicio es un cuerpo de mentes dispares. Uno debe asegurarse el apoyo leal de otros en ocasiones, regalos y cosas así. Siendo un Comerciante, supongo que entenderás lo que quiero decir”, Blasi hizo girar la flor, sonrió con picardía, y le guiñó un ojo.

El comerciante soltó una risita. "No eres mejor que yo por tu parte en esto".

“Y nunca afirmé tal cosa. Sin embargo, esos días quedaron atrás y nuestros actos fueron enterrados hace mucho tiempo sin dejar rastro. E incluso hoy, ni la gloriosa Santa Sede ni la majestuosa nobleza genovesa se dan cuenta de nada que falte en la cuenta; ambas son propensas a la sobreabundancia de todo.” El Cardenal sonrió débilmente, inspeccionando con los dedos los pétalos de papel de la flor. “Tal es la ceguera apática de las sedes de todas las grandes autoridades, ¿no?”

Blasi olió la flor marchita y sopló el polvo de sus pétalos. «Sin embargo, parece que una desgracia similar nos ha alcanzado a ambos. Ya no eres el rico mercader que conocí, y yo ya no soy el astuto cardenal que recordabas». Arrojó la flor al suelo y cruzó las manos a la espalda. Se balanceó sobre los talones. «Oh, pero tal vez te resulte curioso saber que uno de tus objetos genoveses de contrabando ahora se encuentra en el Palacio de Su Majestad: un peculiar trípode para cocinar huevos. Contenía dos lámparas de aceite con dragones azules pintados».

Recuerdo un artilugio similar —una Ventana de Huevo, bautizada desde entonces por el mismísimo Su Majestad—, tres de ellos en mi último viaje a Marsella. Mi mensajero los consideró de un valor excepcional; esa fue la única razón por la que los aceptó como parte del intercambio. El mercader apiló almohadas contra el cabecero y se incorporó. «¿Así que un regalo para el Rey?»

Blasi se acercó a la mesa auxiliar.

“No exactamente; más bien, forma parte de un intercambio.”

“¿Para qué?”

Blasi se rió. “Bueno, si tanto te interesa saberlo: para asegurar un ejército”.

—¿Un ejército? —El hombre lo miró con recelo—. Y yo soy un corcel rojo llameante. Aun así, cuéntalo todo.

“Si te lo contara todo, seguro que no me creerías.” Blasi sumergió ambas copas en el lavabo. “¿Quizás ahora podríamos tomar un poco de vino?”

Ofreció su hospitalidad al mercader, quien tomó la copa y dijo: «Sí, tal vez ahuyente la fiebre, y si Dios lo permite, incluso la muerte misma». Brindó por Blasi y bebió de un trago la mitad de la copa.

—¡Argh! —gruñó el mercader, con el vino chorreándole por la barba. Blasi olió su propia copa y bebió un sorbo. —Está amargo —se quejó Blasi, relamiéndose—. ¿Cuánto tiempo llevaba el vino expuesto al calor del día?

“Desde Aviñón. Tras enterarme de la llegada de la peste a Aviñón, me apresuré a... para cargar el carro. Olvidé tapar el barril. El hombre se limpió los labios con la manga. “El sol lo mató”, concluyó Blasi.

El mercader apuró el resto de su copa, se inclinó hacia la mesa y volvió a llenarla. «Bueno, los moribundos no beben para saborear», dijo mientras se recostaba sobre las almohadas y brindaba de nuevo por el Cardenal.

Blasi alzó su copa y apuró el último sorbo de vino con semblante serio. «Ni los muertos lo hacen», gimió. Él también sumergió su copa en el lavabo para rellenarla.

—¿De verdad crees que estás muerto? —le preguntó el mercader, riendo entre dientes. Alzó la vista y se encontró con una mirada bastante severa, una expresión muy sincera. Su sonrisa se desvaneció y, en ese instante, quizás Labatut vislumbró una semilla de locura, sembrada en el sacerdote que ahora lo observaba. El mercader apartó la mirada y contempló la ventana negra. Luego murmuró con una ceja arqueada:

«Bueno, ciertamente espero estar tan muerto como usted al final; lo admito». Brindó en honor del sacerdote y apuró otra copa. Después, sumergió su cáliz en el cuenco de vino. Gimió. «Mi estado empeora». Se secó el sudor y se acurrucó entre las almohadas, sosteniendo su cáliz con ambas manos y una sonrisa, tal vez, como la de un niño ansioso por escuchar un cuento antes de dormir. «Así que, cuénteme sobre ese ejército que usted consiguió y lo que no me creería de él. Ah, y sobre sus heridas en las piernas, si fuera tan amable».

Blasi se giró y comenzó a pasear por la habitación, pasando junto al cabecero de la cama y aplastando la flor de papel. Sin embargo, sus ojos escudriñaban el suelo y su pasado. "Bueno, supongo que..." Ahora no importa. No es un secreto tan sagrado que un muerto no pueda confesárselo a un moribundo. Caminó un poco más, sumido en profundas reflexiones.

El mercader insistió: «¡Pues adelante! ¡No vaya a ser que este mercader moribundo se encuentre muerto antes de que el cardenal difunto confiese!». Blasi se giró. Se miraron y rieron entre dientes.

—Muy bien —dijo Blasi—, todo comenzó en Aviñón, en el Château Rouge, donde presencié un espectáculo asombroso. Blasi paseaba por la habitación con su copa, sin apartar la vista del mercader mientras compartía un relato de su íntima conversación con el espectro de su hermano muerto, de su reticencia a asesinar a un compañero cardenal para poder... extraer secretos increíbles de la Santa Sede: de su astuto engaño para robar páginas fuertemente custodiadas que describían el funcionamiento de las puertas al Infierno mismo, de su magistral

orquestración de una conspiración contra un Papa desprevenido que le valió el sustento de un El ejército del rey —de su asedio sin precedentes a una abadía fortificada, con escasas pérdidas de vidas— de La liberación de los demonios que iban a destruir todos los ejércitos de Inglaterra, y el desmoronamiento final de sus planes debido a la imprudencia de un capitán temerario y reprobable. De vez en cuando, el mercader se disponía a hablar, pero Blasi captaba su atención con la misma vehemencia y elocuencia incesante con la que solía dominar el pleno del Colegio Cardenalicio. Y durante todo el tiempo, Blasi rellenaba las copas de ambos hasta que agotaron el vino del lavabo.

Labatut analizó el origen de su creciente preocupación y encontró al culpable. Por minúsculo que pareciera, pero no por ello menos evidente, un nuevo y extraño destello emanaba de la mirada del Cardenal: un brillo peculiar que no había notado al principio. Parecía que Blasi lo observaba desde dos direcciones distintas: un ojo bueno que lo miraba por encima del hombro y un ojo malo que lo penetraba directamente en el alma. Sintió que el ojo blanco lo miraba por dentro, y a todas partes a la vez.

Blasi salió brevemente de la habitación con el lavabo vacío, solo para regresar con una jarra ornamentada de tres patas rebosante de vino. Mientras la colocaba sobre la mesita auxiliar, el mercader se retiró apresuradamente y se apartó con cautela. Blasi fingió no darse cuenta, absorto en rellenar e inspeccionar la copa del enfermo, con tal cuidado que quizás sugería que el vino era una dosis de medicina medida con precisión. «Un poco más debería disminuir esos síntomas ahora más evidentes de su enfermedad», afirmó Blasi con la seguridad de un médico experimentado. Le ofreció la copa llena y una sonrisa persuasiva a su paciente, aparentemente postrado en cama. Sin embargo, el mercader solo lo miró fijamente. «Tome la copa», insistió Blasi, «Beba de ella. Ahogue su aflicción». Pero los ojos del mercader recorrieron la habitación como buscando una salida rápida. A la tenue luz del candelabro, Blasi vio las gotas de sudor deslizarse por la frente del hombre. "Su enfermedad le ha provocado fiebre".

Recupérate y hazme caso. Insisto en que bebas mientras aún tengas fuerzas para sostener una taza. Blasi se inclinó aún más sobre la cama. «¡Tómalo!» , ladró, sin prestar atención al creciente círculo de orina en el regazo de su invitado .

El vino salpicó cuando el mercader le arrebató la copa de la mano. «¡Manténgase alejado! ¡ No volveré a beber con gente como usted!»

—Como desees —respondió Blasi con calma, enderezándose y limpiándose las salpicaduras de vino de la ropa. Se dio la vuelta y se dedicó a rellenar su propia copa.

“Lamentablemente, debo seguir bebiendo con gente como yo; y pronto, los crecientes dolores de tu estado de salud deteriorado te obligarán a hacer lo mismo.” Con una mirada llena

Con la taza en la mano, Blasi regresó a su puesto autoimpuesto y se quedó junto a la ventana, dejando al hombre espacio suficiente para que se recompusiera. Blasi saboreó su taza, pasando el tiempo con un discurso aparentemente irreverente y una letanía de introspección inusual y profecías ominosas, impropias incluso de los clérigos menos comprometidos, especialmente de un cardenal universitario.

Blasi continuó con un murmullo, con el rostro pegado al cristal de la ventana, fingiendo ver con atención a través de la oscuridad de la noche y observar el flujo constante de transeúntes infectados por la peste; “Míralos, caminando todos juntos como una columna de cadáveres. Ya están muertos, todos ellos. Mira cómo luchan en su estado desesperado; impulsados solo por recuerdos entrañables y ensoñaciones duraderas”. Suspiró profundamente, saboreando sus recuerdos antes de ofrecer una conexión bastante inusual que combinaba la previsión y la retrospectiva; “Al amanecer, descubriremos aún más de ellos soñando despiertos a lo largo del camino; con sonrisas saciadas, desnudos y moscas jugando en sus ojos. Si tan solo supieran la verdad sobre sí mismos, dejarían de fingir vida y se quedarían Ellos, caminando, fingiendo vivir. Solo en la muerte comprenderán la magnitud de su condición; que fueron necios al intentar sobrevivir en un mundo donde la muerte está intrínsecamente ligada a su diseño. Al final, nada de significado terrenal permanecerá sagrado. ¿Y qué bien mayor puede sobrevivir a las esperanzas y los sueños si todo se pierde ante la insignificancia de las moscas?

—No creo que seas sacerdote —gruñó el mercader—. ¿Quién eres?

—¿Quién soy? —Blasi rió entre dientes—. Si te cuento cómo sucedió, sabrás quién soy . Todo empezó de forma bastante sencilla. —Tras un breve silencio, se aclaró la garganta y habló—: Cuando era niño, vi una enérgica fila de hormigas trepando por el tronco de un gran árbol, a pesar de que sus ramas más altas estaban en llamas por un reciente rayo. A medida que la columna ascendía, las hormigas se quemaban y caían al suelo. Las aparté de la corteza, pero otras siguieron el mismo camino. Les escupí en el camino, pero rodearon el escupitajo y continuaron su ascenso. Incluso aplasté algunas, con la esperanza de que las demás sintieran el peligro y se dieran la vuelta; sin embargo, seguían arrastrándose alrededor de las muertas y continuaban su ascenso hacia el fuego. —Blasi negó con la cabeza y rió entre dientes—. En mi misión infantil y bastante tonta de salvar a esas hormigas de las llamas, una rama que cayó me rompió la pierna y casi me mata. El momento me conmovió profundamente.

de mí, hasta lo más profundo de mi alma, incluso para alterar el curso de mi destino, de futuro caballero , a mí, como obispo”. Chasqueó los dedos. “De un acontecimiento insignificante, a cardenal universitario, ahora me conoces por lo que soy”. Blasi se apartó de la ventana y se enfrentó al comerciante, preparándose para presentarse con los brazos abiertos, con un gesto de humilde esplendor. En cambio, en un estado de embriaguez, tropezó contra la mesita auxiliar.

enviando su jarrón estrellándose contra el suelo. Dejó caer su copa y cayó hacia atrás, rompiéndose. Se apoyó en el cristal de la ventana antes de sostenerse contra el alféizar. Sus ojos estaban fijos en sus pies, donde fragmentos de un jarrón roto yacían esparcidos entre flores de papel desgarradas.

“Hormigas muriendo—umf— moscas jugando—umf.” El comerciante se burló y gimió mientras se sentaba al borde de la cama, poniéndose las botas.

—No necesitas zapatos —afirmó Blasi, tambaleándose hacia él—. Debes descansar. ¿Qué estás haciendo?

“¡Mantente al margen!” El comerciante le señaló con el dedo y le gritó: “¡Mantén la distancia!”

Blasi se quedó paralizado, a mitad de camino. "¿Por qué tienes que volver a vestirte?"

El hombre se arregló la ropa. De debajo de mechones de cabello sudoroso y ralo, se mantuvo con una mirada acusadora fija en Blasi, gruñó: «Para corregir lo que está mal, debo abandonar este lugar de pecado, ¡y a este espíritu blasfemo y autoproclamado que se venera a sí mismo como el venerable y eminente Cardenal Blasi!».

Blasi observó la jarra de porcelana ricamente decorada, con una superficie brillante adornada con diminutas flores azules y su generosa cantidad de vino intacto. Preguntó: "¿Y qué resultará de nuestro acuerdo?".

El hombre se estremeció por el dolor de su estado que empeoraba. Se echó el pelo hacia atrás y miró fijamente al Cardenal. «Es suyo: mis mercancías, mi carro, mi corcel, todo . Solo me necesito a mí mismo para ir adonde debo ir».

Blasi ahora veía al hombre como un extraño, una persona completamente distinta al comerciante que acababa de conocer. El hombre parecía magullado e hinchado, como si hubiera sido golpeado repetidamente; y bajo la tenue luz de las velas, sus rasgos marcadamente extraños brillaban con una capa uniforme de sudor. Su cabeza, en general, parecía la de un simio, con un rostro grotescamente hundido.

—¡Mírate! —exclamó Blasi con un dejo de disgusto—. ¡Te mueres mientras hablas! No hay otro lugar de refugio. ¡Descansa!

El mercader asintió y se tambaleó hacia la puerta. «Tenga la seguridad de que lo haré, en paz y sin la compañía del mal». Salió de la habitación, bajando con cuidado por la escalera abierta, apoyándose en las piedras de la pared para sostener sus pasos. Blasi lo seguía de cerca, insistiendo en que el hombre se retirara a la cama. Pero el mercader ignoró las súplicas de Blasi y continuó burlándose de él a cada paso que daba: «¡El amo de mi casa es la Muerte! ¡Estoy vivo, pero a la vez estoy muerto! ¡Conspire contra Su Santidad y la Iglesia! ¡Soy un asesino de cardenales, abades y frailes! ¡Abro las mismísimas puertas del infierno! ¡Vamos a jugar con las moscas en sus ojos!».

“¡No dije tales cosas!”, respondió Blasi. Apoyó la barbilla en el pecho y rebuscó en su memoria confusa antes de preguntar, incrédulo: “¿Dije tal cosa?”. Se detuvo en un escalón y dejó caer su copa llena a su lado, salpicando torpemente vino sobre su ropa. “Que ¿Podría jugar con moscas? Apoyó su pesada cabeza contra la pared y soltó una risita. «Quizás el vino me ha nublado el juicio. Por favor, perdóname; haría bien en controlar mis palabras». Acto seguido, corrió tras el mercader, que seguía adelante sin detenerse, y lo agarró del brazo. «¡No! No diré nada más. ¡Vamos, debes volver a la habitación!».

El mercader se zafó de la mano que lo sujetaba Blasi, bajó las escaleras y se abrió paso a través de la cocina antes de apoyarse contra la chimenea de piedra. Buscó entre sus pertenencias y las encontró, apiladas en lo alto y ocupando casi toda la habitación. Al otro lado, una lámpara de aceite encendida descansaba sobre su barril de vino y su llama parpadeante proyectaba un inquietante relieve en el espacio desordenado. Miró fijamente las sombras flotantes del suelo mientras reprendía a Blasi con una acusación indirecta: «Y tus piernas ya están curadas cuando la mayoría de los hombres morirían de dolor». tales heridas. ¿Cómo podría ser, a menos que... ah, sí... porque el cielo te lo haya deseado?

El hombre cayó al suelo tambaleándose y se arrastró apresuradamente entre las sombras, sorteando numerosos giros y recovecos, en un laberinto que él mismo había construido con sus propias pertenencias. La oscuridad lo envolvió, dejando solo su voz para clamar: «¡San Dionisio, cúbreme el camino! ¡Cúbreme!».

Blasi gritó en dirección a la voz del mercader: "¿De quién o de qué te va a proteger? ¡Recupérate! La peste te ha enfermado gravemente". Blasi se tambaleó tras él, chapoteando su vino. “¡Vuelve, te digo!” Montones sombríos se derrumbaron entre sí en un crescendo de tonos contrastantes mientras ollas y sartenes repiqueteaban, y vidrio y porcelana se rompían contra las losas. “¡Te veo ahí! ¡Contrólate! ¡Te has vuelto loco!

El hombre saltó de un rincón oscuro y giró sobre sí mismo con una pala, cuya hoja rozó apenas unos grados el rostro de Blasi . El tenue brillo de la hoja convenció a Blasi de levantar la vista. manos... y su copa. El mercader le lanzó la herramienta al rostro del sacerdote, demostrando determinación. "¿Debo cavar tu tumba esta noche?"

—No hace falta —respondió Blasi, cediendo terreno—. ¿Acaso no prepararé la tuya, como deseabas?

“¡No hace falta! ¡Aléjate de mí!”, espetó el comerciante.

Blasi parpadeó y retrocedió unos pasos antes de limpiarse la saliva del mercader de debajo. su ojo. “Como desee, monseñor Labatut. No le deseo ningún mal.”

“Estás aliado con el Diablo, bajo la apariencia de un sacerdote” , gruñó el mercader, clavando la hoja en Blasi y empujándolo aún más hacia atrás, a través de montones dispersos de

Desorden en el suelo.

Blasi tropezó torpemente con los escombros, pero logró evitar que su copa se derramara. El mercader huyó apresuradamente de la esquina, abriéndose paso entre los desechos, mientras se dirigía a toda prisa hacia la puerta trasera del castillo, quejándose. «¡Quédense con todo ! ¡Cada especia derramada, cada cuchara rota y cada gota amarga de vino! Solo que esta mía es esta humilde herramienta», gruñó, agitando la pala en alto. En su breve mirada hacia atrás, el blanco de sus ojos desorbitados podría haber eclipsado incluso la luz de la lámpara. —¡Oh, en efecto! —Blasi asintió ante el mercader enfurecido—. ¡Es tuyo, como dices! Tómalo .

El hombre se giró y se quedó inmóvil. Ambos se miraron fijamente el tiempo suficiente para apreciar el monótono zumbido de los grillos en la tarde de verano, así como el calor sofocante y el hedor persistente dentro de la casa.

Blasi respiró hondo y rompió el silencio; “Entonces, ¿qué piensas hacer con la pala?” Tomó un sorbo de vino, intercambiando miradas entre la hoja de la herramienta y la

La mirada penetrante del hombre, producto de la locura provocada por su enfermedad.

El mercader finalmente soltó una risa nerviosa. «No, monseñor; usted no es un hombre de Dios. ¡Hasta un perro ahogándose encontraría más esperanza en el cielo que un hombre en la tumba que usted le prepara! Lo veo como el peor de los demonios, ocultando su doble moral tras una fachada de piedad, mientras permanece impune para sembrar el mal».

“Soy quien digo ser”, afirmó Blasi. “Soy el mismo Cardenal que lo ayudó en sus negocios anteriores”. Señaló el barril de madera. “Ese mismo barril provino de la Gran Bodega de el Palacio Papal, del cual fui su único supervisor. Luego inclinó su copa hacia el mercader, como si brindara por él. «Aunque amarga, conozco esta uva en particular por su sabor; no es una variedad común. Es más, me considero un hombre de Dios y de Francia; por muy ominoso que pueda parecer a personas como los enfermos de peste o los perros que se ahogan, como usted tanto se empeña en decir. Dicho esto, mi oferta sigue en pie: lo enterraré con toda la reverencia, el rito y la oración que cabría esperar de cualquier sacerdote experimentado».

El mercader examinó sus mercancías dispersas, aparentemente contemplando la oferta, como si la escuchara por primera vez. Volvió rápidamente su atención a Blasi y le presentó la pala. amenazadoramente. “¿Y?”

A través de un tenue rayo de luz que rompía las sombras y bañaba el suelo, Blasi detectó un pequeño corcel en medio de las provisiones dispersas; pedazos de la figurita de porcelana yacían esparcidos sobre las losas, pisoteadas desde entonces. La cabeza de un pequeño corcel pálido yacía junto al talón de la bota del mercader . Al igual que el mercader, Blasi se dio la vuelta e inspeccionó el mismo entorno desordenado, aparentemente reorientándose a una imagen mucho más amplia mientras masticaba mentalmente lo que inmediatamente captó como una

Estado individual y aparentemente enigmático de referencias circulares y satíricas. Todo un giro. Entre los acontecimientos, reflexionó que el juguete de porcelana ahora roto había sido un regalo anterior para su sobrino. que adquirió mediante tratos secretos de mercancías de contrabando procedentes de barcos genoveses y que, muy probablemente, provenían del mismo mercader que tenía delante. Del mismo modo, el barril de vino ahora amargo procedía sin duda de los tratos indirectos que el mercader había mantenido con él en el pasado, cuando Blasi contrabandeaba habitualmente barriles de los almacenes de la bodega del palacio papal a cambio de importaciones raras, que luego utilizaba para trueques colegiales y sobornos políticos; importaciones raras precisamente como la figurita de porcelana rota del Lejano Oriente.

“¿Y qué? ¿Entonces qué? ¡Dilo de una vez!” , gritó el comerciante, entrecerrando los ojos, como para presionar a Blasi a revelar los detalles contractuales deliberadamente discretos de una invención fáustica o un trato diabólico.

Blasi respondió a la grandilocuencia inquisidora del hombre con una sonrisa cansada y un tono impasible: "Y... usaré esas otras palabras a su servicio".

Después de todo, ¿cómo encontraréis el cielo sin mis oraciones, en otras palabras?

“¿Con palabras diabólicas y palabrotas? ¡Ah! Como sospechaba”, exclamó el mercader, apuntando con la pala hacia el Cardenal. Sin embargo, Blasi permaneció impasible, mirando fijamente al caballo destrozado, perdido en el recuerdo de un joven que una vez voló más rápido que cualquier ángel, y quizás con tal vigor que un viento benévolo lo notó y se lo llevó. De todo lo cual el niño sabía, un mundo desgarrado por la estela de un 'pestinense' malévolo e impío .

Blasi se mordió el labio y asintió con indiferencia. «Lamento tener que insistir en que abandone esta mansión y sus terrenos. Puede llevarse la herramienta que tiene en la mano y todo lo demás que pueda cargar; sin embargo, el corcel y el barril de vino de Su Santidad se quedan como diezmos y bienes muebles de la Santa Sede».

“¡No necesito ningún corcel! Y podrías ahogarte en el vino; ahórranos la miseria de tu ser despreciable e imperdonable”, gruñó el hombre.

Blasi respiró hondo y arqueó una ceja. «Sin despedirme, confío en que encontrarás tu camino, ¿verdad?».

—En efecto, lo haré —gruñó el mercader, bajando la pala. Retrocedió hacia la puerta y la abrió desde atrás. Una brisa fresca bañó la habitación, dejando ver un suave aroma a lluvia. Los grillos zumbaban a lo lejos. —Tengo una tumba que cavar mientras...

“Tengan los medios. Y no intenten seguirme”. Un destello en el cielo nocturno lo mostró brevemente como una simple silueta para Blasi.

Blasi tranquilizó al comerciante. “No se preocupe, monseñor Labatut. Me he resignado a «Permanecer aquí, consumido por mi propio torbellino de asuntos». Inclino su copa e inspeccionó el nivel de su vacío. «Ahogarme en ellos, incluso».

Observó cómo el comerciante se apartaba mechones de pelo empapado de sudor de la cara, se echaba la pala al hombro y salía a la noche. Blasi lo siguió con cautela hasta la puerta antes de apoyarse apáticamente en el marco. Hizo girar su copa, alzó un brindis poco entusiasta en dirección a su invitado que se marchaba y se estremeció al beber. los últimos tragos de vino contaminado. Suspiró mientras retumbaba el trueno.

Al parecer, el mercader vio su gesto y le gritó a Blasi: «¡Sí! ¡Saludos, Diable!». Blasi volvió a entrar en el castillo y cerró la puerta trasera, con la mente libre de todo excepto de un lavabo lleno y una cama vacía, que pensaba usar como un placer perpetuo.

Fuera del castillo, el moribundo se tambaleaba entre la maleza cada vez más alta, apartando hilos rotos de telarañas, capullos desgarrados y zarzas espinosas, mientras rezaba a Dios, a Jesús, a San Cristóbal y a cualquier otro mártir bendito que pudiera oír su súplica de guía. De espaldas al camino, fijó su mirada en la parte trasera de los terrenos de la mansión y se lanzó en una misión autoimpuesta, tropezando hacia el oscuro horizonte de un bosque virgen; para él, la muerte se había convertido en un asunto personal, que no compartiría con nadie más que consigo mismo y con Dios. Desafortunadamente, solo los relámpagos iluminaban su camino; el antiguo resplandor de las estrellas ahora se ocultaba tras la coraza de nubes de una tormenta que se aproximaba. Y bajo el cielo amenazador, un destello celestial reveló un par de botas verdes, bien confeccionadas, con doble costura, de tacón alto, con borlas en los puños y cierres metálicos, todo lo cual se encontraba en un mar creciente de hierbas. Finalmente, se ahogó.

Fue la primera y la última vez que el Cardenal Blasi tuvo la fortuna de disfrutar de un encuentro cara a cara, quizás largamente esperado, con el otrora prominente comerciante Jean-Baptiste Labatut; maestro intermediario de las mejores importaciones del Lejano Oriente y vinos cuidadosamente seleccionados que Francia jamás había conocido.

~\*~

Muerte y destrucción lo era todo. La infestación negruzca se extendió por cada ciudad y pueblo de Francia, paralizando sus corazones comunitarios con su presencia destructiva e implacable. Los humildes campesinos se convirtieron en residentes alborotadores, arrasando pueblos enteros, mientras abrazaban una noción común y absurda: que ningún mal prevalecería en Francia mientras fueran lo suficientemente descarados como para prender fuego a cada una de sus ciudades. Sin embargo, el contagio se propagó entre las turbas indisciplinadas como un incendio forestal, dejándolas tan negras como el fuego.

cenizas de los edificios que quemaron.

Desesperado por esclarecer el funcionamiento y los orígenes de la Gran Peste, en octubre de 1348, el rey Felipe recurrió a los distinguidos profesores de la Universidad de París. Inmediatamente, un consejo electo de diversas disciplinas se reunió, deliberó en secreto ritual y entregó sus conclusiones a Felipe en un documento llamado Tratado del Consilium de París. El esfuerzo colectivo citó varias posibles causas de la peste, incluyendo alineaciones planetarias, vapores subterráneos liberados por terremotos y partículas venenosas transportadas por vientos húmedos desde marismas en descomposición. Sin embargo, el comentario era simplemente una colección de especulaciones que no aportaba mucho para revelar una causa o una cura. Y aunque el Diablo no figuraba en los detalles del documento —a pesar de que el Mal estaba ausente de su canon de causas—, la exposición clínica constituía un valioso intento de abordar la existencia aparentemente abrupta y enigmática de esta abominación que consumía sin cesar. Hasta entonces, casi diez millones de europeos estaban demasiado absortos en la muerte como para preocuparse por las causas. Después de todo, al final, los muertos seguían muertos, en su mayoría.

La Peste Negra fue un infierno de furia que abrasó el rostro de Europa y calcinó a la humanidad, reducida a poco más que un retoño en medio de una tormenta de fuego desatada. Como brazos ardientes, las líneas de avance de la enfermedad del diablo se adentraron cada vez más en el interior, extendiéndose hacia el norte y el oeste para apoderarse de territorios vírgenes mientras se afianzaba sobre todo el continente. Uno a uno, de un extremo a otro, los países se retorcieron como mapas en llamas.

España se vio sumida en una epidemia, dejando gran parte de sus ciudades expuestas a un concepto bastante novedoso: cementerios sin tierra. En la sequía de un verano implacable, la peste asoló sus pueblos y, bajo el calor sofocante, sus habitantes no podían discernir si sudaban por el calor de la estación o por una fiebre repentina. La mayoría de sus habitantes podrían haber culpado al calor del día, pero la mitad no podía descartar fácilmente los nuevos brotes negros bajo sus axilas como simple sudor o vapores. De hecho, la peste era un verdugo rápido e indiscriminado; los sanos se retiraban a la cama solo para yacer rígidos al amanecer. Y con la persistente sequía y el calor sofocante de España, el agua fresca y limpia era plata líquida. Desafortunadamente, muchos de los pozos comunales estaban contaminados con los restos putrefactos de los vecinos. Algunos acusaron a los judíos de profanar el agua; otros a los musulmanes; sin embargo, curiosamente, ante un evento tan apocalíptico que azotaba directamente a la población de la cristiandad, solo un puñado culpó al diablo. Sin embargo, para aquellos ancianos residentes que eran demasiado débiles para abandonar sus hogares y se atrevían a considerar siquiera un solo sorbo de los pozos, la elección era tan clara como el agua que anhelaban: sucumbir a la enfermedad o abstenerse de la deshidratación. Aun así, entre la desesperación y la

Tras beber del cáliz, oraron profundamente y se unieron a sus vecinos en los cementerios sin tierra de las ciudades.

En otros lugares, los pueblos y aldeas de Inglaterra sucumbieron junto con los de España. Incluso con estrictas regulaciones portuarias en vigor, la peste fue como un ladrón en la noche, abriéndose paso sigilosamente a través de cursos de agua y colándose sigilosamente por los puertos de Londres y Bristol. Una vez en tierra, el contagio explotó. Médicos, sacerdotes y políticos saltaron a sus tumbas; y como un mar de lemmings ulcerados, la mitad de la población de las ciudades hizo lo mismo. En el verano de 1349, la peste se extendió rápidamente hacia el norte, tiñendo la campiña inglesa, abriéndose paso a través de las congestionadas ciudades de Norwich y Chester mientras avanzaba hacia Wexford, Irlanda. Para finales de año, la Peste Negra había contaminado todas las ciudades más septentrionales de la región, incluyendo Edimburgo, Escocia. Anillos negros alrededor de los ganglios linfáticos rosados; con los bolsillos llenos de ramilletes para ahuyentar la putrefacción, más de un tercio de Europa estornudó y cayó muerto.

El tiempo transcurría como los ojos de un moribundo y los días se sucedían como la respiración entrecortada de una muerte segura. Hombres y mujeres evitaban los pueblos en busca de comida. En cambio, recorrieron campos abandonados, cazaron en bosques vírgenes y buscaron en arroyos de montaña, desesperados por reunir suficientes alimentos para sobrevivir al invierno. Las familias se escondieron tras puertas, que marcaron de rojo por fuera, y las aseguraron con pilas de piedras pesadas; las herramientas agrícolas se apoyaban contra las paredes contiguas a modo de armas listas para usar. Y cuando finalmente llegó el invierno, muchos habitantes del centro de Francia estaban demasiado preocupados por las puertas como posibles puntos de entrada, sin prestar mucha atención a la seguridad de sus techos.

Los demonios de la piedra de la abadía nunca llegaron al destino previsto por el cardenal Blasi: la ciudad francesa de Calais y su ejército de ocupación inglés. En cambio, impulsados únicamente por la oscuridad de la posesión demoníaca, estas estatuas quiméricas voladoras vagaron por los cielos franceses al atardecer, extendiéndose con su niebla igualmente densa y abrasadora, hasta llegar finalmente a las afueras del pueblo de Murat, donde se estrellaron contra los tejados de paja como una masacre.

La gravedad de aquello que aplastó la aldea de Murat solo podía ser medida y apreciada por una minoría de los secuaces del inframundo; aquellos demonios más ancianos y experimentados de los traicioneros reinos del Tártaro, que servían como supervisores dentro del Palacio de Hades. En verdad, se les permitían tales libertades como para idear muchas de las agonías más innombrables del Infierno. Estos demonios que poseían las estatuas grotescas de los grotescos montados en la catedral, muertos hace mucho tiempo, eran

meramente las invenciones espirituales de las legiones condenadas de Lucifael. Las figuras de piedra no estaban impulsadas por su antigua existencia de carne y hueso. Podrían compararse fácilmente con nada más que "piedras voladoras", habitadas por los espíritus de demonios que arrojaron sus almas malvadas a través del portal de la Piedra de Puerta parcialmente comprometida, con sus verdaderos yoes aún aprisionados en el Infierno, ya que solo dos de las tres Piedras de Puerta que componen el Gran Sello habían sido "desbloqueadas". Simplemente, mientras la Piedra de Puerta del Monasterio de Canello permaneciera cerrada, por muy debilitado que se hubiera vuelto el Gran Sello, seguía cumpliendo su función. propósito divino y predestinado; y estos demonios del inframundo solo podían atormentar al mundo en la forma incorpórea de espíritus de posesión, espectros, diablos azules, incubos, súcubos y seres malvados similares. Y de todos los incubos y súcubos arrojados al infierno —y había muchos— Lucifael reinaba como la Reina Súcubo, siendo la principal torturadora y fornicadora espiritual, proyectando su imagen y sus perversos deseos sobre los Hijos del Hombre dormidos e indefensos, y dejando legiones de descendientes Eljo y Elioud conjurados, de carne y hueso terrenales, esparcidos por el mundo a su paso perverso. Y tenía poco deseo maternal de asegurar su seguridad; en cambio, como Lázaro, los dejó a su suerte.

Ser uno mismo o ser asesinado por el inevitable amanecer de la primera luz.

Sin embargo, el infierno no estaba saciado. En el transcurso de las estaciones de otro año infernal, la peste se extendió sobre el centro de Francia como un sudario etéreo. Y en las horas más oscuras de su persistencia La presencia, la niebla abrasadora de la Abadía y los grotescos de piedra errantes reclamaban una extensión cada vez mayor de infestación y devastación. Entonces sucedió, a finales de 1350, que todos los residentes de las aldeas de Vic-sur-Cere y Saint-Flour presenciaron los horrores de demonios quiméricos que pululaban los cielos nocturnos como una bandada de cuervos. Los aldeanos gritaron y se dispersaron; sin embargo, las expresiones duraderas de terror, que uno podría haber esperado que se conservaran en los restos de al menos un solo rostro de víctima, estaban notablemente ausentes de cada habitante muerto: ninguno tenía cabeza, ni un solo cráneo yacía separado de otros restos dispersos. Y estas mutilaciones masivas pasaron en gran medida desapercibidas, si no por falta de relatos en vivo, sí por la indiferencia comunitaria hacia la muerte. Después de todo, cada ciudad, pueblo y aldea estaba fallando a su manera y el hedor a sotavento de ellas simplemente servía para advertir a un superviviente de la peste migrante que eligiera un camino menos transitado malos olores.

Sin embargo, la carne y la ropa seguían cayendo de los huesos blanqueados, marcando el paso de los días de uno de los diseños más astutos del Infierno. La Gran Peste, que comenzó con un solo pájaro —una sola paloma china resucitada por el diablo— había logrado destruir gran parte de la Humanidad. Tan abruptamente como llegó, pasó como cenizas que se asientan en un viento moribundo. Como una espada blandida con demasiada fuerza o un hechizo maligno lanzado salvajemente, la amplia franja de muerte de la plaga arrasó cada vena de Europa antes de regresar al corazón de

China. Y cuando todas las monedas fueron recogidas de los ojos de los muertos, cuando las últimas ondas del río Estigia se calmaron, la peste había reducido a veinticuatro millones de hombres, mujeres y niños europeos a polvo. En China, treinta y cinco millones de almas desaparecieron. Millones incalculables en las masas continentales de la India y África fueron arrebatados de la existencia; todos ellos fueron víctimas de la Cosecha de la Manzana Negra de Lucifael . Sin embargo, como las frías cifras no siempre mueven la mente para comparar tales proporciones mortales e históricas de manera tan adecuada como Si se aplica correctamente la perspectiva, si todos los muertos europeos hubieran sido apilados unos sobre otros en una fosa común, la profundidad de la tumba habría superado los 3600 kilómetros. Más aún, si todos los muertos de China hubieran compartido la misma fosa, su profundidad habría alcanzado casi 8300 kilómetros en la corteza terrestre.

Para la humanidad, la Gran Peste fue más profunda que un pozo de dos metros de profundidad, más profunda que un miedo insondable; se precipitó hasta el infierno, de donde fue concebida. Y con todas las bajas registradas, la mitad del mundo conocido pereció cuando un sumo sacerdote taoísta y su grotesco capturado del Templo del Dragón Volador, de las Tres Grandes Gargantas en el centro de China, se atrevieron a abrir el primero de los tres sellos del Gran Abismo. Todo sucedió en las páginas más oscuras de la historia, como invariablemente suceden las desgracias.

[Fin del capítulo 12]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

## Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~